

TÍTULO: Frutos Vecinos

PSEUDÓNIMO: Sorrie Lour

Es importante que tu padre construya la casa en la que vas a nacer. Ladrillo sobre ladrillo en un pequeño municipio de provincia. Las parcelas serán milimétricamente hermanas, pero en esta hay algo especial, un árbol justo junto a la medianera. Sus frutos caen casi todos del lado correcto. Pronto, cuando el nogal se estire y se expanda a los lados, el reparto será equitativo. El barrio es joven, durante años los sonidos de la construcción se acoplan a las actividades de sus habitantes. Otras casas aparecen. Todo se levanta del suelo y crece ruidosamente.

Tu padre es un hombre hosco. Entra a la casa por la puerta trasera y sacude los pies sobre un felpudo que no reza ninguna bienvenida, solamente se aplasta y tose el polvo de los zapatos de trabajo. Es un hombre silencioso y es por eso que tu madre lo espera. En cualquier momento puede darse la vuelta y tenerlo detrás, con la ropa polvosa y los calcetines blancos. Hablan entre ellos ese lenguaje de movimientos súbitos y discretos. Tu madre casi nunca tiene visitas.

Hay algo que empuja a tu madre a confiar en la vecina y es que también está embarazada. Si se encuentran en sus respectivos patios traseros intercambian información y se ofrecen ayuda condicional, es decir, una taza de azúcar si la necesitas. Ambas mujeres se hinchan al unísono a través de la medianera. En otoño, recogen nueces en cuclillas, con sendas barrigas entre las piernas. Se dicen recetas para aprovechar lo cosechado. Enseguida dejan de verse, uno de los embarazos se complica. Tu madre lleva galletas de nuez y las recibe el marido, la mujer no quiere ser vista en esos estados. Por primera vez tu madre conoce la mesita ratona de cristal y el tapizado de los sofás que años después verás impecables junto a un contenedor de basura. La casa por dentro es tal como se la había imaginado: moderna, empeñada. Ambos embarazos salen bien con semanas de diferencia.

No recuerdas cuándo fue la primera vez que viste a Manuela. Desde pequeña, trepada al nogal gritas su nombre, si es necesario hasta desgarrarte la garganta. Casi siempre acude al llamado. Cuando no, sientes llenarse la tristeza, una tristeza que se vacía aullando “¡Manuelaaaaa!”. Habláis de todo. Jugáis en silencio con las hojas y los gusanos de la nuez, blancos y minúsculos. En una ocasión, Manuela se traga uno sin asco y sin dejar de ser hermosa.

Tu madre dice “Esto es privado, ni se te ocurra repetir una palabra”. Se refiere a los vecinos. Ardes de deseo hasta que cunde la confidencia: le das a Manuela los secretos de tu familia como si fueran ofrendas. Ella no tiene ninguno, cuando los adultos hablan está durmiendo. No es tu caso. Desarrollas desórdenes en el sueño desde pequeña.

Un día, tu padre se va de casa. Tu madre no dice nada, solo llora cuando cree que estás durmiendo, pero no duermes y la escuchas. Nunca mencionarás el tema. Tu madre pasará mucho tiempo encontrándose mal, quizás para siempre.

Sabes que Manuela oye. Especialmente en verano, cuando en ambas casas se abren ventanas y puertas. Cada vez que tu madre te regañe responderás con más fuerza, no admites ser doblegada en público. De la familia de Manuela, en cambio, no llega ningún sonido. Aprendes cómo y cuánto viajan en el aire las palabras porque algunos domingos, estando en la casa vecina, oyes a tu madre cantar un fado. Al verano siguiente los padres compran un aire acondicionado, cierran las ventanas, recuperas tu privacidad, pero el daño ya está hecho de todas formas. Eres una adolescente rebelde. Tu madre no tiene dinero. Esos dos hechos encajan a la perfección.

Una mañana de invierno, mientras todos duermen, tu madre decidirá podar el nogal con sus propias manos. Estás haciendo lo posible por mejorar tu sueño alterado, que a esta altura comienza a generarte secuelas, pero aún es frágil, cualquier sonido lo echa a perder. Te pones una chaqueta sobre el pijama y la acompañas. Se está tomando esto muy en serio, te alegra encontrarla tan plena de energía. Cuando el trabajo está casi hecho, la familia vecina lo descubre con indignación. Los nogales no se han de podar en invierno, dicen, tu madre acaba de hacer una cosa terrible, probablemente tu madre acaba de matarlo, dicen. Ella se defiende gritando un poco, y sabes que ese no es el modo, pero aun así te mantienes firme en apoyarla. Alega algunas cosas fuera de lugar. Trae del pasado vergüenzas menores. “Yo también tengo memoria”, grita. Pronto, su rostro ruborizado por la alegría del esfuerzo físico se torna gris otra vez. Se le saltan las lágrimas de los ojos, le caen a los colmillos. Manuela está tan callada como sus padres. Antes de darse la vuelta te mira con cierta pena. Es la pena de que tu padre sabría cuándo podar cada árbol y de que todo en tu casa se transparenta hasta desaparecer. No admites ser compadecida. A partir de entonces, si hablas de Manuela, pronunciarás su nombre en silencio, procurando que no viaje de ventana a ventana. Morirá el árbol. No volverás a vaciar la tristeza.